

Funes, el de la memoria expuesta

■ ■ Antonio Guerrero Aguilar*

La biografía de un ficticio

No debes excluir a la biografía en cuanto género literario, pues reúne contextos y vivencias en una línea de tiempo, ajustados en torno a un ser humano, cuyas obras son relevantes y dignas de conocer para los demás. Ahora, ¿los personajes de obras ficticias también tienen una biografía? Por supuesto, porque conllevan a la lectura y al interés de conocer un poco más respecto a quien se le tiene como protagonista de un cuento, un relato o una novela. Aunque han sido imaginados por el autor, poseen una personalidad tan compleja como atractiva, que se va revelando de forma gradual y de la cual tan solo nos exponen ciertos rasgos. Por ende, por obra y gracia de la literatura, nos atraen tanto como para reconocerla y construirla, incluso adentrarnos o identificarnos en ella.

Para profundizar más en la figura del protagonista de la obra, nuestro interés se justifica en analizar e interpretar las transformaciones a lo largo de una existencia, iniciada en un antes y un después, y concluida en el mismo contexto narrado por un autor. Una biografía conjunta vida y texto, representación y narrativa representada en el tiempo no fechado —como alguna vez sentenció Octavio Paz—, así como de personas y datos de quienes va recreando en un texto. En una biografía se resaltan las acciones en un cierto periodo de tiempo y se ponen en líneas y párrafos, en contraposición con las situaciones y los acontecimientos que rodean al personaje, para ver como los enfrentó ya sea para bien o para mal. Para escribir una biografía, debemos arrancar con preguntas: ¿quién fue?, ¿quién es?, ¿cuándo y dónde nació?

Funes de Borges: una biografía entre la historia y la literatura

Por cierto, este procedimiento se puede ajustar muy bien en un cuento de Jorge Luis Borges (1899-1986) llamado *Funes el memorioso* como parte de una colección de cuentos y narraciones tituladas “Ficciones” publicada en 1944. En el texto se resaltan las cualidades de un ser, extraño como afamado por su capacidad de recordar las cosas, pero se cayó de un caballo y quedó paralítico. Perdió la movilidad de su cuerpo, pero no la capacidad de mantener una memoria prodigiosa. Por ejemplo, Funes se ufana de que para contar un día, llevaría exactamente 24 horas hacerlo, porque recordaba cada instante de lo que había vivido. Era un joven que no llegaba a los 20 años, pero miraba sin ver, oía sin escuchar, con un presente tan rico como nítido que le brindaba todo un cúmulo de datos, acontecimientos, nombres, fechas. Cada imagen la ligaba a sensaciones.



* Es un narrador como contador de historias, vidas y relatos pasados. Sus escritos aparecen con regularidad en *El Quijote de Monclova*, *Personajes de Monterrey*, *Reforma Siglo XXI* y *La templanza*.

En la obra de Borges, Funes tenía un nombre: Irineo, nacido en 1868, rastreador de oficio como a la doma de caballos. Vivía en un pueblo llamado Fray Bentos, hijo de la planchadora del pueblo, María Clementina Flores y su padre, señalado tan solo una vez y marcado por el rumor: decían que era un médico inglés de apellido O'Connor residente en un lugar llamado "El Salado". Borges lo conoció durante unas vacaciones, el 7 de febrero de 1884. El relato comienza: "Lo recuerdo, no, no tengo derecho a pronunciar ese nombre y tan solo un hombre que ha muerto". Pudo platicar con Funes dos veces, una de ellas durante una tarde. La primera vez, iba con su primo quien le preguntó por la hora, la cual se la dijo sin ver el reloj: "Faltan cuatro minutos para las ocho".

Se quedó admirado y lo comparó como uno superhombre, dándole el sobrenombre de "Funes el cronométrico", debido a que siempre acertaba la hora, "un Zaratuza cimarrón y vernáculo", con una peculiar forma de hablar, expresaba algo de resentimiento de modo pausado y nasal. Comparó a Irineo Funes con Ciro, el rey de los persas, que tenía presentes los nombres de sus subalternos, de Mitrídates Eupator, de Simónides de Ceos, el padre de la mnemotecnica, de Metrodoro que repetía todo tal cual lo escuchaba.

Tras caer del caballo, Funes quedó encamado sin posibilidad de moverse por su cuenta. En su condición, se distraía tan solo poniendo su vista en una telaraña del rincón que tenía en su habitación o una higuera que se aparecía en su ventana. Un poco soberbio, pero conformista con su condición y más cuando le dio a entender que no requería de escribir, porque podía borrar las cosas cuando lo deseaba. Estaba consciente de que su talento podía ser una maldición, porque recapitulaba cada instante de su existencia. Para el narrador, no reflexionaba, simplemente porque abstraer es dejar de lado cada detalle y Funes era puntillesco, puntual como escrupuloso para no dejar cabos sueltos.

Borges regresó en 1887, acompañado de libros para estudiar. Aunque suena extraño y raro, lo digo porque en vacaciones uno no carga libros o tareas. Como buen "pueblo chico, infierno grande", Funes supo que un conocido llegó cargado de libros, e incluso anotando sus títulos: *Historia Naturalis* de Plinio el Viejo, fallecido en el año 79 durante la erupción del Vesubio en Estabia. Entonces el "memorioso" se animó a escribirle una carta a Borges,

para solicitarle para préstamo, comprometiéndose a entregar en tiempo, forma y cuidado de los mismos; así como un diccionario para traducirlo y aprender latín. Se le hizo raro que de forma tan concreta y fácil tuviera esa agudeza mental.

Me pongo en los zapatos de Borges, ya ven que siempre dicen que es "tonto el que presta libros, pero más el que los regresa". Por urgencia, debió salir de Fray Bentos y acudió para recuperar el par de textos. En medio de la penumbra, con voz alta y burlona, lo recibió con ésta frase: "Ut nihil non iisdem verbis redderetur auditium", cuya traducción es: "Ninguna palabra que alguna vez fue dicha, vuelve a ser oída de la misma manera". Asombrado por el intelecto y la facilidad de su interlocutor, Borges se dio cuenta que se sabía pasajes dedicados precisamente a la memoria. Grababa conocimientos y saberes con tan solo oírlos y leerlos.

A pesar de su estado lo retó: "mis sueños son como las vigiliás de ustedes". Orgulloso, presumió la invención de un sistema original de numeración, sin tanta complicación ni erudición. Al fin de cuentas eran rasgos que solo servían a él. Era como los chinos, que alguna vez con tan solo dos signos y tres palabras pudieron armar todo un conjunto de conocimientos. Funes dio a cada objeto, ya sea piedra, persona o pájaro un nombre propio. Se vanagloriaba de mantener unos 70 mil recuerdos en una especie de catálogo mental. Dormía poco, porque hacerlo era distraerse del mundo. Se la pasaba recordando y sobrevivía leyendo como traduciendo. Logró saber y leer en inglés, francés y portugués. A pesar de su presunción, Borges advirtió que no le gustaba pensar, para no perder las diferencias.

Memoria y olvido

Dicen que quien vive de recuerdos, padece de una muerte interminable y Funes, llevaba la muerte en su cualidad: no podía salir y soportaba su hipermnésia, una enfermedad que interfiere en las vidas humanas, así como su contraparte, la amnesia. Obsesionado en los detalles inmediatos, pegado a un lecho sin moverse, murió en 1889 de una congestión pulmonar.

Ahora, ¿por qué olvidamos unas cosas y otras no? Para Freud, la memoria es selectiva, consciente e inconsciente, al seguir procesos voluntarios como involuntarios. A mí me dicen: "casi no se te olvidan las cosas", "tienes buena memoria". En

cierta ocasión le increpé a una notable historiadora, cuando no recordó una fecha, por lo que me puso en mi lugar: “nosotros no estamos en fechas, tan solo en contextos e interrogantes”. Una vez Cristina Pacheco le cuestionó a Ignacio López Tarso, sobre cómo aprendía sus diálogos para encarnarlos como excelente actor. Él respondió: “tengo buena memoria para recordar y tengo buena memoria para olvidar”. Aquí en el medio cultural regiomontano, un historiador, admirado por sus lectores como con enemistades, sentenciaba: “perdono, pero no olvido”.

En lo personal, saber cosas es como una reivindicación, así como ajustarme al aprendizaje significativo: no se olvidan las cosas porque representan algo para mí. Es malo, porque a veces recurro a ingratos recuerdos para evadir situaciones como individuos. La memoria es primordial para un cronista o narrador como maestro, paradójicamente no para un historiador que se pone a reconstruir el pasado con fuentes escritas. Para mí, el recordar

es relacionarme con el contexto, vincularme con los tiempos idos y presentes, poner puentes con los demás. No puedo negarlo: es una forma como de “apantallar” a alguien, por eso si me ponen atención, traigo a mi mente rasgos con los que puede fortalecer un diálogo. Aunque no lo crean, es quitar diferencias y buscar coincidencias en ambientes distintos como distantes.

Por eso me gustan las palabras de Milan Kundera: “La lucha contra el poder es la lucha contra el olvido.” Aun así, también es conveniente dejar las cosas al olvido, porque no todas las cosas son buenas y el exceso de información, creo que puede provocar la incapacidad de seleccionar como jerarquizar los datos. Es darle un valor específico a todo y a todos. No debemos dejar enterrada el hacha de guerra como señal de pugna constante, todo lo contrario, seguir abiertos a todo lo que nos llega y hacen los demás. Lo mejor: el pasado existe cuando lo narramos y como bien dijo Carlos Fuentes: “No hay presente vivo sin un pasado muerto”.